

LECCION L.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XVII).

Reseña del siglo xvii. — Juicio de Dios sobre las naciones heréticas. — La Iglesia defendida: san Francisco de Sales; Orden de la Visitacion; — propagada; misiones del Paraguay y otras; — consolada: san Vicente de Paul; hermanas de la Caridad.

Hijos de la Iglesia católica, hemos llegado ya al siglo xvii de su gloriosa fundacion. Para relataros su historia, diez y siete veces hemos debido llevar á la boca la trompa guerrera, empezando cada una de nuestras lecciones con la señal de un nuevo ataque: mas ¿cómo podia ser otra cosa? ¿no está escrito en el Libro divino que vuestra augusta madre, por su verdad y santidad inalterables, será blanco de las incensantes persecuciones del vicio y del error¹? ¿No es acaso por su corona de espinas como todos los siglos han de reconocer á la legítima Esposa del Dios del Calvario? Léjos, pues, de afligiros á causa de esta lucha eterna de la Iglesia, debeis por ella aquilatar vuestra fe y sobre todo rebosar de amor y gratitud, considerando que si sufre tanto, es para conservaros intacto el patrimonio de vuestro padre. El día que la Iglesia, infiel depositaria, hiciera paces con el error ó el vicio, el infierno habria depuesto las armas, y una paz vergonzosa, la paz de las sectas, fuera para vuestra madre la innoble recompensa de su prevaricacion. Mas, nada temais: ya visteis que hace diez y siete siglos canta con justo motivo el dulce cántico de su gloriosa fidelidad; este cántico seguirá entonándolo en los tres siglos cuya historia va á conducirnos hasta nuestra época, y despues de nosotros lo cantará de nuevo á las generaciones futuras; himno solemne que ninguna otra sociedad tiene derecho de repetir, y que por siglos sin fin resonará bajo las bóvedas de la celeste Jerusalem: *Muchas veces mis enemigos me combatieron*

¹ Marc. xiii, 13.

desde mi juventud; pero no pudieron conmigo. Sobre mi espalda labraron los pecadores como en ayunque, y prolongaron su iniquidad; mas el Señor justo cortó las cervices de los pecadores¹.

Por otra parte, ese glorioso destino de vuestra madre es una elocuente leccion para vosotros: guerra tambien, y guerra sin tregua, es vuestro elemento y la condicion forzosa de vuestra existencia en la tierra; sí, pues, el valor, la penitencia, la confianza en Dios, la fidelidad á sus gracias, han asegurado el triunfo á la Iglesia, valeos de las propias armas y obtendréis victoria, aquella victoria inmarcesible cuyo premio será una corona inmortal. Aprovechaos de tan útiles reflexiones, y en el ínterin volvamos al palenque donde esperan nuevos combatientes ya preparados.

Durante el siglo xvii el infierno sigue sosteniendo la lucha terrible incoada en el anterior. Infinitas sectas, hijuelas del Protestantismo, van sucesivamente atacando á la Iglesia, y estrellándose contra esta piedra inmoble; grandes calamidades, castigo justo del cisma, de la herejía y del escándalo, afligen á la culpable humanidad, haciéndola sentir algo de la miseria y servidumbre paganas, de que la eximiera el Cristianismo. Á todos estos combates del infierno, dirigidos á menoscabar la obra de la redencion, Dios opone la Iglesia, reforzada y defendida por grandes doctores é insignes Santos; la Iglesia madre de otras ciento y diez Órdenes ó congregaciones religiosas; la Iglesia, por fin, brillando con nueva lozania, y extendiendo sus conquistas por los cuatro ángulos del globo.

La Alemania, la Inglaterra, la Suiza y la Francia en parte habian perdido la fe: como tantos otros pueblos, habian osado decir á Jesucristo: *No queremos que reines sobre nosotros*; como tantos otros, recibieron el justo pago de su rebeldía. Leed su historia, y decid si hay alguno comparable con los quebrantos que aquellas padecieron entonces: en Alemania, rios de sangre regaron sus campos por espacio de treinta años; la Inglaterra anduvo vacilante mas de medio siglo al resplandor de las hogueras encendidas y alimentadas por una guerra fratricida, hasta que de revolucion en revolucion tropezó en un cadalso donde se vió saltar la cabeza de su rey; delito y castigo, espectáculo horrendo, que aun no se habia dado al mundo desde el Cristianismo: la Suiza se empapó en la sangre de cien

¹ Psalm. cxxviii.

mil hijos suyos, y últimamente la Francia fué teatro de inauditas atrocidades, vió devastar mucha parte de sus interesantes monumentos, y asolar varias de sus provincias. Es verdad que la mano de Dios cesó de descargarse sobre este reino Cristianísimo, el cual durante el siglo xvii volvió á ser otro de los poderosos sostenes de la fe, portándose como verdadero primogénito de la Iglesia, siempre dispuesto á combatir el error, á deputar misioneros á los infieles, y á sostener el celo de los que se empleaban en convertir herejes.

Otra de sus glorias fué secundar con energía al santo apóstol del Chablais, Francisco de Sales, quien de ningun otro pueblo recibió mas deferencia y veneracion. Hijo del castillo de Sales, en Saboya, este gran Santo, visiblemente enviado de Dios para contrastar la herejía y restaurar la verdadera piedad en la tierra, nació el dia 25 de agosto de 1567. Por sus padres emparentaba con las mas ilustres familias del país; amó á Dios en cuanto pudo conocerle, y la primera palabra que dijo fué: «Dios y mi madre me quieren mucho.» Distinguióse de los otros niños por su dulzura, su docilidad, su modestia, su viveza penetrante, y sobre todo por su tierno amor á los pobres, de modo que por ellos porfiaba siempre con sus padres, y mientras podia privábase de lo necesario para socorrerles.

Á la edad regular fué puesto en el colegio de Annecy, donde hizo los progresos apetecibles, y algunos años mas adelante pasó á París bajo el gobierno de un virtuoso ayo. Al estudio de las ciencias humanas unia el jóven Francisco el mas importante de la ciencia de los Santos. Con objeto de evitar malas compañías no salia de casa sino para el aula ó la iglesia, imitando en esto á san Gregorio y san Basilio cuando cursaban en Atenas, de quienes se dice no conocian mas que dos calles, la de la iglesia y la de la escuela: ¡buena leccion para muchos jóvenes, y especialmente para las señoritas!

En París y en la iglesia de san Estéban-des-Grés, el santo manco, puesto un dia á los piés de una imágen de María, hizo voto de continencia; acto sublime que el Señor bendijo. Para mas aquilatar su corazon tan puro ya, quiso sujetarle al crisol de las tentaciones, permitiendo que á instigacion del demonio se creyera condenado, cuya idea terrible llegó á minar la salud y ponerle en trance mortal; Dios, empero, no consiente que la tentacion supere á las fuerzas del tentado, y así Francisco, corriendo á humillarse á los piés de María santísima, recibió otra vez de esta buena Madre la paz del

corazon. Semejante triunfo fué prenda de los que consiguió andando el tiempo, ora en París, ora en Italia, contra el enemigo de todo bien.

Finidos sus estudios y vuelto á la casa paterna, quisieron darle al mundo, haciendo que contrajera un ventajoso enlace: pero Francisco respondió haber ya tomado al Señor por herencia, y no obstante los ruegos y lágrimas de su padre recibió las sagradas órdenes. Enviado en clase de misionero por el obispo de Ginebra al canton de Chablais y á otros infestados de herejía, pasó allí grandes tribulaciones sufriendo hambre, frio, desprecios é injurias, pero con paciencia tan angelical, que en solos dos años de trabajos volvió á la fe por medio de sus ejemplos y palabras á mas de sesenta mil herejes. Esta luz brillante fué en seguida colocada sobre el candelero para que con sus puros fulgores alumbrara á toda la Iglesia, ascendiendo á la misma silla de Ginebra.

Nunca se vió Santo mas amable, ni de mayor apacibilidad, pues siendo su temperamento arrebatado y fogoso, jamás dejó traslucir la menor emoción. Para apurar su paciencia, un dia que hacia gran bochorno, un criado encendió fuego en su aposento; la accion del Santo al entrar fué sonreirse y decir: «El fuego es bueno en toda «estacion.» Nada encarecia con mas ahinco que esas virtudes: dulzura, sencillez y confianza en Dios; sus obras rebosan en ellas, y por esto no hay libros mejores para excitar la devocion. Abrumado de fatiga, falleció en Lyon el dia 28 de diciembre de 1622, á la edad de cincuenta y seis años.

Á él se debe, de concierto con santa Juana Francisca de Chantal, el origen de la Orden de la Visitacion, para retiro de doncellas y mujeres enfermas, lo que hace que sus estatutos sean poco rígidos, aunque admite tambien personas sanas. Prestan las religiosas los tres votos acostumbrados; hase perpetuado entre ellas la piedad dulce y caritativa del santo Fundador, de modo que no cabe mejor escuela de aquellas virtudes santificantes y sencillas que son la esencia del Cristianismo; y otro de sus ramos es la educacion de niñas, la cual desempeñan con harto fruto. Visten un traje negro, de corte sencillísimo; llevan al pecho una cruz de plata para recordar el amor de Dios y la conformidad absoluta á su divina voluntad, semejando á nuestro Señor que quiso ser obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Despues de comer se presentan todas á la superiora para recibir sus órdenes y obrar solo por obediencia, y á la noche des-

pues de la cena hacen lo mismo para el día siguiente hasta la tarde. Al objeto de que la pobreza sea rígidamente observada entre ellas, cada año cambian de aposento, de cama, de Crucifijo, de rosario, de imágenes y demás cosas de su uso.

Sería imposible formarse cabal idea del contento y paz que reinan en estos deliciosos asilos de la inocencia; si el paraíso estuviera en la tierra, allí debería buscarse. Es asombrosa la rapidez con que la Orden de la Visitacion se ha propagado, contando en su seno muchísimas personas distinguidas por su cuna y por su piedad, entre otras la Duquesa de Montmorency, la madre de Brechard, una de las primeras compañeras de santa Juana de Chantal, la venerable María Alacoque, á quien el Señor inspiró la devoción del Sagrado Corazon al pié de un altar que se conserva en la Charité-sur-Loire, junto con el corazon de santa Juana.

Mientras san Francisco de Sales restablecía la piedad y preparaba á la Iglesia abundantes consuelos, misioneros celosos lo dejaban todo, á semejanza de san Francisco Javier, para trasladarse á los países bárbaros entre salvajes, y hacer prosélitos para Jesucristo. Necesitaríanse muchos volúmenes para relatar las grandes acciones de estos héroes en el decurso del siglo XVII; pero sin embargo diremos algo de los servicios que han prestado á los míseros infieles, para que se vea que los misioneros católicos fueron siempre los verdaderos bienhechores de la humanidad, y que Dios no ha cesado de dar pruebas de bondad entrañable aun á los pueblos que tenían la desgracia de no conocerle.

Los españoles al descubrir la América vieron que aquel país estaba lleno de minas de oro, y excitada con esto su codicia, nada perdonaron para explotar tan rico metal, llegando hasta cometer crueldades inauditas en los pobres salvajes. Los misioneros atajaron en lo posible tamaños excesos, logrando á fuerza de instancias mitigar la barbarie de los invasores; pero ¿qué importa esto, si la avaricia halla mil caminos por donde satisfacer su ambición inagotable? Afortunadamente aquellos buenos religiosos sin darse por vencidos pusieron en obra todos los recursos de su celo apostólico, y obtuvieron de los reyes de España el permiso de formar colonias independientes de aquellos salvajes á quienes pudiesen reunir y convertir á la Religión.

Sus oraciones fueron oídas, y sus esfuerzos coronados de éxito. Para organizar estos establecimientos, que recordaron los hermosos

días de la primera Iglesia, desparramáronse por los bosques, con un libro al brazo, una cruz en la mano, sin mas provisiones que su confianza en Dios, segun nos los representan las primitivas relaciones; abriéndose penoso camino por entre las selvas vírgenes, al través de pantanos donde andaban con el agua á la cintura, trepando cuevas inaccesibles, y escudriñando cavernas y precipicios á riesgo de encontrarse en vez de hombres con monstruosas sierpes ó feroces alimañas. Muchos perecieron de hambre y de fatiga, otros fueron asesinados y devorados por los salvajes, si bien éstos se paraban algunas veces al rededor del sacerdote desconocido que les hablaba de Dios, y dirigian la vista al cielo que él les señalaba; y otras veces huían de él como de un nigromántico, poseidos de extraño terror. El religioso iba en pos de ellos tendiéndoles los brazos en nombre de Jesucristo, y si no podía detenerles, hincaba su cruz en un sitio descubierto, y oculto entre el ramaje esperaba que volvieran para examinar este pabellon de paz elevado en la soledad, y cuando veía la ocasion, salía y aprovechábase de la sorpresa de los bárbaros para convidarles á dejar su miserable vida por las dulzuras de la sociedad.

Cuando tuvieron reunidos algunos salvajes, formaron aldehuelas, cuyo número ascendió á treinta en pocos años, dirigidas respectivamente por dos misioneros, los cuales atendían á los intereses espirituales y temporales de su pequeña república. Los trabajos empezaban y concluían á son de campana: á la alborada llamaba á los niños, que juntos en la capilla entonaban un concierto matutino, hasta la salida del sol, como los pajaritos del bosque; en seguida hombres y mujeres oían misa, y pasaban á emprender sus faenas. Al caer la noche llamábales otra vez la campana al pié del altar, donde se cantaba á dos coros y con música la oración vespertina.

El territorio estaba distribuido en varias suertes, segun el número de familias, para atender á su sustento; habia además un campo público llamado *Posesion de Dios*, cuyos productos servían para resarcir las malas cosechas y mantener á las viudas, á los huérfanos y á los enfermos. En el centro de cada aldea habia una gran plaza, y en ésta la capilla, la choza de los Padres misioneros, el arsenal, el pósito y la casa de refugio ú hospicio para los extranjeros.

Con un gobierno tan paternal no es extraño que estos nuevos cristianos fuesen los mas puros y felices de los hombres. Su mudanza

de costumbres era un milagro realizado á la faz del nuevo mundo. Aquel espíritu de crueldad y venganza, aquella nefanda crápula que caracterizaban á las hordas indias, habianse trocado en un espíritu de dulzura, de paciencia y de castidad. Júzguese de sus virtudes por esta ingénuo frase del obispo de Buenos Aires dirigida al rey Felipe V: «Señor, en estas pueblas numerosas de indios, que naturalmente son propensos á toda clase de vicios, reina ahora tal inocencia, que dudo se cometa entre ellos un solo pecado mortal.»

Al leer esa historia, parece no cabe otro deseo que el de cruzar los mares, y léjos de revoluciones y trastornos ir á buscar una vida oscura entre las cabañas de los pobres salvajes, y un sepulcro tranquilo bajo las palmeras de sus cementerios; pero ¡ah! no son bastante hondos los desiertos, ni los mares bastante dilatados para guarecer al hombre de los dolores que le persiguen: las misiones del Paraguay se hallan destruidas; aquellos trescientos mil salvajes, con tanta pena reunidos, vuelven á vagar por las selvas ó á ocultarse vivos en las entrañas de la tierra; la obra del Cristianismo ha caído á impulsos de la malignidad humana¹. Sin embargo no por esto la Religión se ha extinguido en América; al contrario, sus conquistas son cada día mayores, y en la actualidad hay en ella mas de veinte y cuatro millones de católicos.

Al paso que los misioneros civilizaban á los salvajes de América, otros apóstoles no menos celosos llevaban la luz de la fe á los pueblos orientales: la Tartaria, el Tibet, la Persia, el Egipto, la China, el Tong-King, vieron sucesivamente llegar estos nuevos conquistadores, y recibieron sus palabras. No existe rincon en el mundo que haya escapado á su celo y á su vehemente afán de salvar almas. ¿Qué héroe emprendió lo que ellos han realizado? Llenos de compasión hácia tantos infieles sentados en las sombras de la muerte, ardieron en deseo de dar su vida por la salud de tantas almas rescatadas al precio de una sangre divina; mas para esto era forzoso atravesar bosques profundos, cruzar lagunas y corrientes peligrosas, trepar enhiestas cordilleras; era preciso desafiar la saña de unos pueblos crueles, supersticiosos y envidiosos; era necesario vencer en unos la ignorancia de la barbarie, y en otros las prevenciones de la civilización; pero ninguno de estos inconvenientes podía detenerles.

¹ Chateaubriand, *Genio*, t. IV, pág. 35-49; Muratori, *Misiones del Paraguay*.

¿Quién narrará dignamente la sublimidad de su sacrificio? El hombre que en presencia de todo un pueblo, á la vista de sus padres y amigos arrostra la muerte por su patria, no hace mas que trocar algunos días de vida por muchos siglos de gloria, ilustrando á su familia y elevándola á los honores y riquezas; pero el misionero, cuya vida se consume en el fondo de los bosques, que perece de una manera horrible, sin testigos, sin aplausos, sin provecho para los suyos, oscuro, despreciado, tratado de loco, de absurdo, de fanático, todo ello para proporcionar eterna dicha á un salvaje desconocido, ¿qué nombre daremos á esta muerte, á este sacrificio? Varias eran las congregaciones religiosas que se dedicaban á las misiones, entre otras las de Dominicos, Franciscanos, Jesuitas, Lazaristas y los Padres de las Misiones extranjeras, todos los cuales poseian un instinto maravilloso para seguir las huellas del infortunio, y acosarle, por decirlo así, hasta su última madriguera¹.

En tanto que los misioneros de América en general recorrían los bosques buscando salvajes que convertir, otro de sus colegas, el Padre Claver se consagraba á la instruccion de los negros. Para comprender la extensión de su caridad debe saberse que los negros son la porción mas degradada y envilecida del género humano: arrebatados al Africa, son trasladados á Cartagena de América donde suelen concurrir los que trafican en ellos, á cuyo puerto continuamente arriban buques en los que estos infelices son hacinados desnudos, sin tener puesto para acostarse ni siquiera para ensuciarse, cargados de grillos, lo cual unido á la falta de buen alimento les causa enfermedades, cánceres y úlceras tan infectas que ellos mismos no pueden resistir su hedor. En suma, ni á las bestias de carga se las trata peor, y esto hace que muchos prefieren asfixiarse ó perecer de hambre á seguir llevando una vida tan miserable. Lo mas sensible es que así se desprecia á sus almas como á sus cuerpos, pues el que se emplea en tan odioso comercio solo piensa en enriquecerse comprando ó vendiendo, y la sed del oro ahoga en él todo otro sentimiento.

Viendo tamaños horrores, el P. Claver, misionero jesuita, á quien el Padre universal de los hombres dotara de un incentivo particular y de un tierno cariño para con los negros, sintióse penetrado de vehementemente compasión, y resolvió ponerse enteramente á su servicio;

¹ Chateaubriand, *Genio*, pág. 35-49.